

MARTIN HEIDEGGER

SERENIDAD*



Las primeras palabras que pronuncie públicamente en mi ciudad natal, no pueden ser otras que unas palabras de agradecimiento. Doy a mi tierra las gracias por todo cuanto, a lo largo de un prolongado camino, he recibido de ella. En qué consiste esa dote, es cosa que intenté exponer en las breves páginas que, bajo el título de "Der Feldweg", aparecieron por primera vez en el escrito conmemorativo del primer centenario de Conradin Kreutzer el año 1949.

Gracias al señor Burgomaestre Schühle por su cariñosa salutación. Pero gracias, en especial, por haberme confiado la grata misión de pronunciar un discurso en esta solemnidad.

Estamos reunidos para conmemorar solemnemente a nuestro coterráneo el compositor Conradin Kreutzer.

Cuando tenemos que celebrar a algunos de esos hombres que han sido llamados a la creación de obras, honrar debidamente la obra es lo que ante todo se hace. Tratándose de un artista del sonido, ello se cumple haciendo sonar las obras de su arte.

De la obra de Conradin Kreutzer suenan en esta ocasión canción y coro, ópera y música de cámara. En sus notas existe el artista mismo, pues la presencia del maestro *en la obra* es la única presencia auténtica. Cuanto más grande es el maestro, con tanta mayor claridad se disipa su persona detrás de la obra.

Los músicos y cantantes que cooperan a la fiesta de hoy garantizan que la obra de Conradin Kreutzer va a sonar para nosotros.

Pero la fiesta ¿es ya por ello una fiesta conmemorativa? A una fiesta conmemorativa (*Gedenkfeier*) corresponde que pensemos (*denken*). Pero en una fiesta conmemorativa dedicada a un compositor, ¿qué es lo que hemos de pensar y decir? ¿No se distingue la música por "hablar" ya mediante la simple vibración de sus sonidos, de

* N. del E. Este texto ha sido tomado de *Eco* Revista de la Cultura de Occidente, Tomo IV, agosto 1960. Traducción: Antonio de Zubiaurre.

N. del T. Este trabajo constituye una conferencia pronunciada con ocasión del 175 aniversario del nacimiento de Conradin Kreutzer, el 30 de octubre de 1955 en Messkirch (Suabia). El concepto de *Gelassenheit* va traducido aquí por el más próximo, aunque incompleto, de *Serenidad*. Cosa parecida acontece con *Besinnung*, que traducimos por *reflexión*. Otros conceptos, cuya eficaz consideración apoya Heidegger sobre la misma estructura de los vocablos alemanes, ha sido necesario acompañarlos de los términos originales (entre paréntesis y en bastardilla).

modo que no precisa del lenguaje habitual, del lenguaje de la palabra? Así dicen. Y, sin embargo, permanece el interrogante: La fiesta en la que se toca y canta ¿es ya una fiesta conmemorativa (*Gedenkfeier*), una fiesta en la que pensamos (*denken*)? Presumimos que apenas lo sea. Por ello los organizadores del acto han puesto en el programa un discurso conmemorativo (*Gedenkrede*). Y ese discurso debe ayudarnos a pensar realmente en el artista festejado y en su obra. Tal recuerdo (*Andenken*) cobra vida en cuanto volvemos a presentar la biografía de Conradin Kreutzer, en cuanto enumeramos y describimos sus obras. Mediante ese relato podemos experimentar diversamente cosas gratas y dolorosas, aleccionadoras y ejemplares. Pero en el fondo, un discurso de tal especie lo tomamos tan sólo como entretenimiento. No es necesario en modo alguno que al escuchar semejante relato pensemos, o sea que reflexionemos sobre algo que a cada uno de nosotros atañe directa y constantemente en su propio ser. Por tal razón, un discurso conmemorativo no llega a ofrecer garantía alguna de que, en la fiesta conmemorativa, pensemos.

No nos engañemos. Todos nosotros, incluidos aquellos que pensamos ya por pura exigencia profesional, todos nosotros somos a menudo pobres en pensamiento; todos nosotros, con harta facilidad, estamos faltos de pensamientos. Esta carencia de pensamiento es un inquietante huésped que, en el mundo actual, está llegando y marchándose de continuo, pues hoy día, por la vía más veloz y barata, toma uno conocimiento de todas y cada una de las cosas para olvidarlas en el mismo momento

con idéntica rapidez. Así se encandenan, sin tregua, los actos públicos. Las fiestas conmemorativas (*Gedenkfeiern*) resultan cada vez más pobres en pensamientos (en *Gedanken*). La fiesta conmemorativa y la ausencia de pensamiento se juntan en buena armonía.

Pero, aun cuando estemos faltos de pensamientos, no renunciamos a nuestra capacidad de pensar. La necesitamos incluso, ineludiblemente, aunque, en verdad, de una especial manera: haciendo que en la carencia de pensamientos quede en barbecho nuestra capacidad de pensar. Ahora bien, en barbecho sólo puede estar lo que en sí constituye una base para el crecimiento, como por ejemplo un campo de cultivo. Una autopista, en la que nada crece, no podrá ser nunca barbecho. Al igual que podemos quedarnos sordos sólo porque oímos, al igual que llegamos a viejos sólo porque fuimos jóvenes, lo mismo podemos volvernos pobres en pensamiento, o hasta faltos de pensamientos, por razón de que el hombre, en el fondo de su ser, posee la capacidad de pensar, "espíritu y entendimiento", y porque está destinado a pensar. Sólo aquello que, sabiéndolo o no, poseemos, podemos perderlo o, como se dice, quedarnos sin ello.

La creciente falta de pensamiento reside, por ello, en un proceso que corroe el más íntimo meollo del hombre actual. El hombre actual está *en fuga del pensar*. Esta huída al pensamiento es la causa de la falta de pensamiento. Pero a esta fuga corresponde también el hecho de que el hombre no

quiere verla ni confesarla. El hombre de hoy llegará a negar rotundamente esa fuga al pensamiento. Y afirmará lo contrario. Dirá —y esto con entera razón— que en ningún tiempo se ha planeado con tanta amplitud ni se ha investigado tanto, ni se ha explorado tan apasionadamente como en nuestros días. Es cierto. Esa movilización de agudeza y reflexiones es de gran utilidad. Semejante pensamiento es imprescindible. Pero..., hay que tenerlo en cuenta, ese pensamiento es de índole especial.

Su peculiaridad consiste en que cuando planeamos, investigamos o montamos una empresa, contamos siempre con determinadas circunstancias. Esas circunstancias las tomamos en cuenta partiendo de la calculada intención hacia determinados fines. Operamos anticipadamente con determinados éxitos. Este contar, calcular, caracteriza todo el pensamiento planeador e investigativo. Tal pensamiento sigue siendo un cálculo aun cuando no opere con números ni ponga a funcionar la máquina contadora ni ninguna gran instalación de cálculo automático. El pensamiento que cuenta, calcula. Calcula con posibilidades continuamente nuevas, con posibilidades cada vez más prometedoras y, al propio tiempo, más baratas. El pensamiento calculador no se detiene nunca, no se para a reflexionar, no es un pensamiento que medite sobre el sentido que impera en todo cuanto existe.

Hay, pues, dos clases de pensamiento, y las dos, cada cual a su modo, se justifican y son necesarias: el pensamiento calculador y la meditación reflexiva (*das rechnende Denken y das besinnliche Nachdenken*).

A esta meditación es a la que nos referimos al decir que el hombre actual está en fuga del pensamiento. Sólo que, así se arguye, la mera meditación se encuentra flotando sobre la realidad cuando menos lo espera. Pierde tierra. No sirve para salir adelante en los negocios ordinarios. No aporta nada a la práctica cotidiana.

Y se dice, en fin, que la mera meditación, la constante reflexión, es demasiado "elevada" para el entendimiento normal. En esta excusa sólo una cosa es cierta: que el pensamiento reflexivo está tan lejos de resultar de sí mismo como lo está el pensamiento calculador. El pensamiento reflexivo reclama a veces mayor esfuerzo. Exige un adiestramiento más prolongado. Precisa de un cuidado todavía más fino que el de toda otra auténtica obra de artesanía. Pero además debe saber esperar, lo mismo que el labrador, a que la siembra brote y a que llegue a madurez.

Por otra parte, cualquiera puede seguir a su manera y dentro de sus límites los caminos de la meditación. ¿Por qué? Porque el hombre es el *ser pensante*, o sea *reflexivo*. Por ello, tampoco en la meditación necesitamos en modo alguno que nos demostremos en lo próximo y reflexionemos en lo más próximo, en lo que a nosotros, a cada cual, aquí y ahora nos atañe. Aquí, en esta mancha de tierra patria; ahora, en el presente instante universal.

¿Qué de esta fiesta nos es cercano, caso de que estemos dispuestos a reflexionar? Si es así, no temos que del suelo de la patria ha crecido una obra de arte. Si meditamos este sencillo hecho, tendremos que pensar en seguida que las tierras suabas dieron grandes poetas y pensadores durante el siglo pasado y el anterior. Si seguimos considerando esto, se nos mostrará inmediatamente: la Alemania central es, del mismo modo, una tierra semejante, y otro tanto acontece con Prusia Oriental, con la región silesia y con Bohemia.

Nos ponemos meditativos y preguntamos ¿A cada crecer de una obra auténtica no le corresponde el enraizamiento en el suelo de una patria? Johann Peter Hebel escribe en una ocasión: "Somos plantas, queramos o no confesarlo de buena gana, que debemos salir de la tierra para florecer en el éter

y poder dar frutos". (Obras, edición Altwegg, III, 314).

El poeta quiere decir: Donde ha de crecer una obra humana verdaderamente gustosa y bienhechora, el hombre tiene que alzarse desde la profundidad del suelo patrio hasta el éter. Eter significa aquí el aire libre del alto cielo, la abierta región del espíritu.

Nos ponemos más meditativos y preguntamos: ¿Qué pasa hoy en relación con lo que dice Johann Peter Hebel? ¿Existe aún ese plácido habitar del hombre entre tierra y cielo? ¿Reina aún sobre el campo el reflexivo espíritu? ¿Hay todavía patria de raíces fuertes en cuyo suelo (*Boden*) el hombre resida permanentemente, esto es, se asiente con fijeza, sea allí autóctono (*bodenständig*)?

Muchas personas alemanas perdieron su patria, tuvieron que abandonar sus aldeas y ciudades, fueron expulsadas del suelo patrio. Un sinnúmero de otros que conservaron su patria, peregrinan lo mismo que aquéllos, van a parar al ajetre de las grandes urbes, tienen que establecerse en el desierto de las zonas industriales. Se han enajenado a la vieja patria. ¿Y los que permanecieron en ella? En gran parte son más apátridas que los expulsados de su tierra. Durante horas y a diario son exiliados a la radio y a la televisión. Semanalmente el cine se los lleva a descomunales —a menudo sólo comunes— provincias de ideas, fingidoras de un mundo que no es mundo alguno. En todas partes se halla a mano la "revista ilustrada". Todo esto con que los modernos instrumentos de la técnica noticiosa seducen, asaltan, agitan al hombre..., todo esto es hoy ya más cercano al hombre que el te-



Secunda etas mundi principia... Hoc habuit post diluuium...
De diuinis bonis et uicibus amatoz...
De signis federa qd in inter me et uos...
De vna cu filiaz et reze ac filiaz vnaub' re...

Página de "Liber Chronicarum" de Hartmann Schedel. Impreso por Anton C. Koberger en 1472.

rruño propio en torno a la hacienda, más cercano que el cielo que cubre el campo, más cercano que el andar de las horas en el día y la noche, más cercano que los usos y costumbres de la aldea, más cercano que la tradición del mundo patrio.

Nos ponemos aún más pensativos y preguntamos: ¿Pasa a los expulsados algo diferente que a los que permanecen en su tierra? Respuesta: *La autoctonía* del hombre actual está amenazada en lo más íntimo. Más aún, la pérdida de la autoctonía no está causada sólo por circunstancias y destinos externos, ni se debe únicamente al abandono y al modo superficial de la vida de los hombres. La pérdida de la autoctonía viene del espíritu de la época en que nos ha tocado nacer.

Nos ponemos todavía más meditativos y preguntamos: Así las cosas, ¿Puede el hombre, puede obra humana alguna prosperar sobre un suelo patrio antes formado, y alzarse al éter, esto es a la anchura del cielo y del espíritu? ¿O va a parar todo ello a la tenaza de la planeación y las cuentas, de la organización y el funcionamiento automático?

Si en la solemnidad de hoy meditamos en aquello que nos es próximo, nos fijamos en que nuestra edad está amenazada por la pérdida de la autoctonía. Y preguntamos: ¿Qué ocurre, pues, en nuestro tiempo? ¿Qué es lo que le caracteriza?

A la época que ahora comienza se la ha llamado últimamente era atómica. Su característica más llamativa es la bomba atómica. Pero este signo pertenece sólo al primer plano, pues en seguida se reconoció que la energía atómica puede ser utilizada también para fines pacíficos. Por ello hoy día la Física atómica y sus técnicos están siempre en la tarea de llevar a cabo la utilización pacífica de la energía atómica en planeamientos de gran envergadura. Las grandes agrupaciones industriales de los países influyentes, Inglaterra en primer lugar, han calculado ya que la energía atómica puede llegar a ser un negocio gigantesco. En el negocio atómico se mira la nueva felicidad. La ciencia atómica no se queda al margen, sino que proclama esta dicha públicamente. Así, en julio de este año, dieciocho premios Nobel han declarado textualmente en un llamamiento desde la isla de Mainau: "La ciencia —o sea, en este caso, las modernas ciencias naturales y físico-químicas— es camino para una vida humana más feliz".

¿Qué acontece con esta afirmación? ¿Es la reflexión su origen? ¿Medita ésta alguna vez el sentido de la era atómica? No. Si nos diéramos por satisfechos con la citada aseveración de la ciencia, nos encontraríamos a la máxima distancia posible de una reflexión sobre la época presente. ¿Por qué? Porque nos olvidaríamos de meditar. Porque olvidaríamos preguntar: ¿En qué estriba, pues, el que la técnica científica haya podido descubrir y liberar nuevas energías de la naturaleza?

Ello estriba en que, desde hace algunos siglos, se halla en marcha una subversión de todas las principales ideas. En virtud de ello el hombre es transportado a una realidad diferente. Esta radical revolución del aspecto del mundo se consume en la filosofía de la Edad Moderna. De ella resulta una posición completamente nueva del hombre en el mundo y ante el mundo. Ahora el mundo se aparece como un objeto sobre el que el pensamiento calculador inicia sus ataques, ataques que ya nada podrá resistir. La naturaleza se convierte en una única y gigantesca "estación de servicio", en fuente de energía para la técnica y la industria modernas. Esta relación fundamentalmente técnica del hombre con el universo surgió primero en el siglo XVII, y ello en Europa y sólo en Europa. Y permaneció oculta por largo tiempo a las otras partes del globo. Era totalmente ajena a las anteriores edades y destinos de los pueblos.

El poder que se esconde en la técnica moderna determina la relación del hombre con lo que existe. Ese poder domina la tierra toda. El hombre comienza ya, saliendo de la tierra, a penetrar en el espacio cósmico. Pero, apenas desde hace dos decenios, se han descubierto con la fuerza atómica tan gigantescas fuentes de energía, que en un tiempo no lejano cubrirán completamente y para siempre las necesidades mundiales de energía de todas clases. La adquisición inmediata de las nuevas fuerzas dejará pronto de estar ligada a determinados países y continentes, como lo están el carbón, el petróleo y la madera de los bosques. En un futuro próximo, en todo lugar de

la tierra podrán ser establecidas centrales de energía atómica.

El problema fundamental de la ciencia y la técnica actuales no se formula ya diciendo: ¿De dónde sacaremos las cantidades suficientes de combustibles y carburantes? El problema decisivo se expresa ahora: ¿De qué manera podremos domeñar y dirigir las energías atómicas, de increíble magnitud, asegurando a la Humanidad contra el riesgo de que esas energías –aun sin acciones bélicas– rompan por algún lugar, “atraviesen” y lo aniquilen todo?

Cuando se logre dominar la energía atómica –que se logrará– dará principio una nueva evolución del mundo técnico. Todo lo que hoy conocemos como técnica cinematográfica y de televisión, como técnica de las comunicaciones, y en especial la de la aviación, como técnica de las transmisiones, como técnica médica y técnica de los productos alimenticios, representa, al parecer, no más que un tosco estadio inicial. Nadie puede saber qué revoluciones van a llegar. Entretanto, el desarrollo de la técnica se producirá cada vez más rápidamente y no se le podrá detener en parte alguna. En todas las esferas de la existencia, el hombre va siendo cercado, cada vez más estrechamente, por las fuerzas de los aparatos técnicos y los automatismos. Los poderes que en todas partes y en toda hora, en cualquier clase de instalaciones o establecimientos técnicos, imponen exigencias al hombre, lo atan, lo arrojan y desplazan..., esos poderes hace mucho que se han desarrollado sobre la voluntad y la facultad de decisión del hombre, por lo mismo que no han sido hechos por el hombre.

Pero también esto forma parte de lo nuevo del mundo técnico: que sus conquistas se den a conocer por el medio más rápido, pasando de igual modo a la admiración pública. Así, cualquier persona puede leer hoy en cualquier revista hábilmente dirigida, o escuchar en cualquier radio, lo que este discurso anota sobre el mundo técnico. Pero una cosa es que hayamos oído y leído algo, o sea que lo conozcamos, y otra cosa es que reconozcamos lo oído y lo leído, esto es, que lo pensemos.

En el verano de este año de 1955 volvió a tener lugar la reunión internacional de los premios Nobel. En tal ocasión el químico norteamericano Stanley dijo lo que sigue: “Se halla próxima la hora en que la vida estará en la mano del químico, quien, a su voluntad, podrá exponer, descomponer y modificar la sustancia viva”. Uno toma nota de semejante aspiración. Uno se admira incluso de la audacia de la investigación científica, y no piensa sobre ello. No se reflexiona que aquí, con los medios de la técnica, se está preparando un ataque a la vida y al ser del hombre; y en comparación con ese ataque tiene poca importancia la explosión de la bomba de hidrógeno, porque precisamente si las bombas de hidrógeno *no* explotan y la vida del hombre sigue conservándose sobre la tierra, con la era atómica se cierne una inquietante transformación del mundo.

Pero lo que verdaderamente inquieta en esto no es que el mundo se haga totalmente y por entero un mundo técnico. Mucho más inquietante resulta que el hombre no

se halla preparado para esta transformación mundial, que todavía no somos capaces de, pensando reflexivamente, llegar a un discernimiento objetivo de lo que realmente está llegando con esta época.

Ningún individuo, ningún grupo humano, ninguna comisión de importantes estadistas, investigadores y técnicos, ninguna conferencia de personalidades directivas de la economía y de la industria es capaz de frenar o de orientar el curso histórico de la era atómica. Ninguna organización exclusivamente humana está en situación de apoderarse del mando de esta época.

El hombre de la era atómica quedaría entregado, inerme y sin amparo, a la irresistible preponderancia de la técnica. Así ocurriría si el hombre actual renunciase a poner en juego, en la partida decisiva, el pensamiento reflexivo frente al pensamiento meramente calculador. Pero si el pensamiento reflexivo despierta, la meditación deberá hallarse en su tarea constantemente y ante el más mínimo motivo, o sea también aquí y ahora, y precisamente en esta fiesta conmemorativa, pues ella nos hace reflexionar sobre lo que en la era atómica es objeto de amenaza en singular medida: la autoctonía de las obras humanas.

Por ello preguntamos ahora: si está perdiéndose ya la vieja autoctonía, ¿no podría ser ofrecido al hombre un nuevo suelo propio, un suelo en que el ser del hombre y

toda su obra fueran capaces de prosperar de un modo nuevo, incluso en medio de la era atómica?

¿Cuál sería el suelo (*Boden*) para una futura autoctonía (*Bodenständigkeit*)? Quizá lo que indagamos con esta pregunta es cosa muy cercana, tan cercana que la pasamos por alto con demasiada facilidad. En efecto, el camino hacia lo próximo es siempre para los hombres el más largo y, por lo tanto, el más difícil. Ese camino es un camino de meditación. El pensamiento reflexivo pide de nosotros que no quedemos aferrados, unilateralmente, a una sola idea, que no sigamos corriendo por un solo carril en una dirección única. El pensamiento reflexivo pide de nosotros que nos apliquemos a aquello que, a primera vista, no parece concordar en sí mismo.

Hagamos la prueba. Para todos nosotros son hoy insustituibles las instalaciones, aparatos y máquinas del mundo técnico; lo son para unos en mayor medida que para otros. Sería necio marchar ciegamente contra el mundo técnico. Sería miope querer condenar el mundo técnico como obra del diablo. Dependemos de los objetos técnicos; éstos nos están desafiando, incluso, a una constante mejora. Sin darnos cuenta, hemos quedado tan firmemente fundidos a los objetos técnicos, que hemos venido a dar en su servidumbre.

Pero podemos hacer también otra cosa. Podemos, ciertamente, servirnos de los objetos técnicos y, no obstante y pese a su convenien-

te utilización, mantenernos tan libres de ellos que queden siempre en desasimiento de nosotros. Al usar los objetos técnicos, podemos tomarlos como deben ser tomados. Mas al propio tiempo podemos dejar a esos objetos residir en sí mismos como algo que no nos atañe en lo más íntimo y propio. Podemos dar el *sí* a la ineludible utilización de los objetos técnicos, y podemos a la vez decir *no* en cuanto les prohibimos que exclusivamente nos planteen exigencias, nos deformen, nos confundan y por último nos devasten.

Pero si de este modo decimos simultáneamente *sí* y *no* a los objetos de la técnica, ¿nuestra relación con el mundo técnico no quedará entonces escindida e insegura? Todo lo contrario. De una extraña manera nuestra relación con el mundo técnico se hace sencilla y tranquila. Permitimos que los objetos técnicos penetren en nuestro mundo cotidiano, y al mismo tiempo los dejamos fuera, o sea los hacemos consistir en cosas que no son nada absoluto sino que se hallan dependientes de algo superior. Quiero nombrar esta actitud del simultáneo *sí* y *no* al mundo técnico con unas viejas palabras: *la serenidad ante las cosas*.

En esta actitud, no vemos ya las cosas desde el solo aspecto técnico. El mirar se nos agudiza y notamos que la construcción y utilización de las máquinas no requieren a otra distinta relación con las cosas, relación que a su vez tampoco está desprovista de sentido. Así, por ejemplo, agricultura y agronomía se convierten en industria motorizada de la alimenta-

ción. Es cosa cierta que aquí—como en otros terrenos— se está verificando una profunda transformación en la relación humana con la naturaleza y con el mundo. Pero qué sentido gobierna en esa transformación, es algo que permanece en la oscuridad.

Así, en todos los procesos técnicos reina un sentido que reclama el humano hacer y dejar de hacer, un sentido que no es en primer lugar invención ni hechura del hombre. No sabemos lo que el dominio de la técnica atómica, que progresa hasta lo inquietante, tiene como propósito. *El sentido del mundo técnico se oculta*. Pero si observamos aquí, de propósito y continuamente, que en toda ocasión hay en el mundo técnico un sentido oculto que nos atañe, estaremos a la vez en el terreno de lo que se nos esconde, y se nos esconde, en verdad, porque toca a nosotros. Lo que de esta manera se muestra, y al propio tiempo se escapa, es el rasgo fundamental de lo que llamamos el misterio. La Actitud en virtud de la cual nos mantenemos abiertos al sentido oculto en el mundo técnico la nombro yo *apertura al misterio*.

La serenidad ante las cosas y la apertura al misterio van juntas. Ellas nos conceden la posibilidad de permanecer en el mundo de un modo por entero diferente. Ellas prometen un nuevo suelo sobre el que, en medio del mundo técnico, podamos estar y perdurar fuera de peligro.

La serenidad ante las cosas y la apertura al misterio nos abren la perspectiva de una nueva autoctonía. Esta, incluso, podría un día ser adecuada para reintegrar a una figura transformada la vieja autoc-

tonía que hoy vemos desaparecer rápidamente.

Por lo pronto, sin embargo—y no sabemos por cuánto tiempo—el hombre se halla en este mundo en una situación peligrosa, ¿por qué motivo? ¿Sólo porque, inesperadamente, podría explotar una tercera guerra mundial que trajera por consecuencia la total aniquilación de la humanidad y la destrucción de la tierra? No. Al comienzo de la era atómica amenaza un peligro hartamente mayor, y ello precisamente si se evita el riesgo de una tercera guerra. Extraña aseveración... Extraña, sin embargo, sólo mientras no meditamos.

¿Hasta qué punto llega la validez de las palabras acabadas de pronunciar? Hasta el punto en que la revolución de la técnica que rueda ya por la era atómica pudiera atar, hechizar, deslumbrar y cegar al hombre de modo que el pensamiento calculador quedase un día *como el único* en vigencia y ejercicio.

¿Qué gran peligro se derivaría de ello? A la máxima y más afortunada agudeza del planeamiento calculador y de la invención acompañaría la indiferencia ante el meditar, la total ausencia de pensamiento. ¿Y entonces? Entonces el hombre habría negado y arrojado lo más propio suyo: su naturaleza de meditador. Por ello hay que salvar esa naturaleza del

hombre. Por ello hay que mantener despierta la meditación.

Sólo que la serenidad ante las cosas y la apertura al misterio no se nos dan nunca casualmente. No son algo casual (que *nos cae*). Ambas surgen tan sólo de un pensamiento asiduo y vigoroso.

Acaso la fiesta conmemorativa de hoy dé un impulso para ello. Recojamos ese empuje; luego, pensemos en Conradin Kreutzer pensando en la procedencia de su obra, en las energías radicales de sus tierras de Heuberg. Y *nosotros* somos los que pensamos así, si aquí y ahora nos sabemos hombres que deben hallar y preparar el camino hacia la era atómica y a través de ella.

Si la serenidad ante las cosas y la apertura al misterio despiertan en nosotros, podríamos llegar hasta un camino que conduzca a un nuevo suelo. En este suelo podría echar nuevas raíces la creación de obras perdurables.

Así, de una manera transformada y en una época modificada, habría de cumplirse nuevamente lo que dice Johann Peter Hebel:

“Somos plantas, queramos o no confesarlo de buena gana, que debemos salir de la tierra para florecer en el éter y poder dar frutos” ♡

